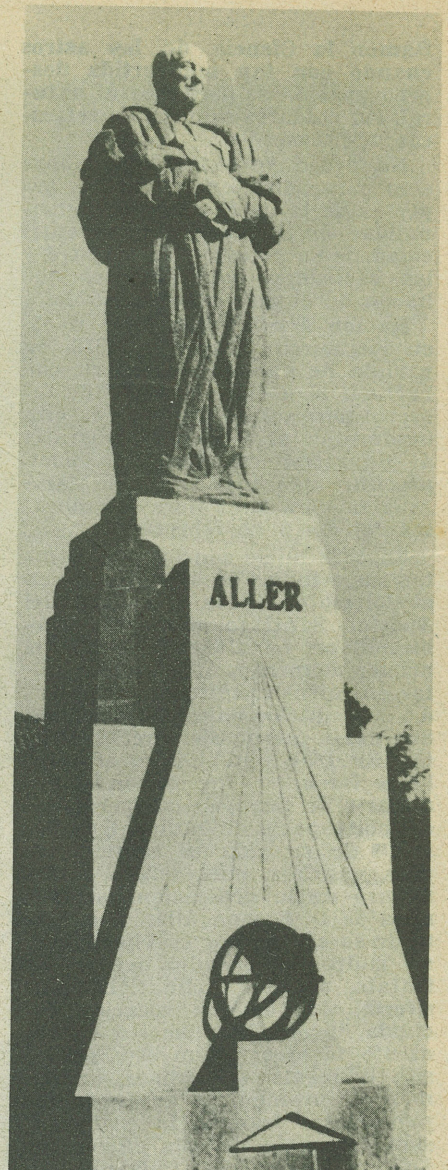


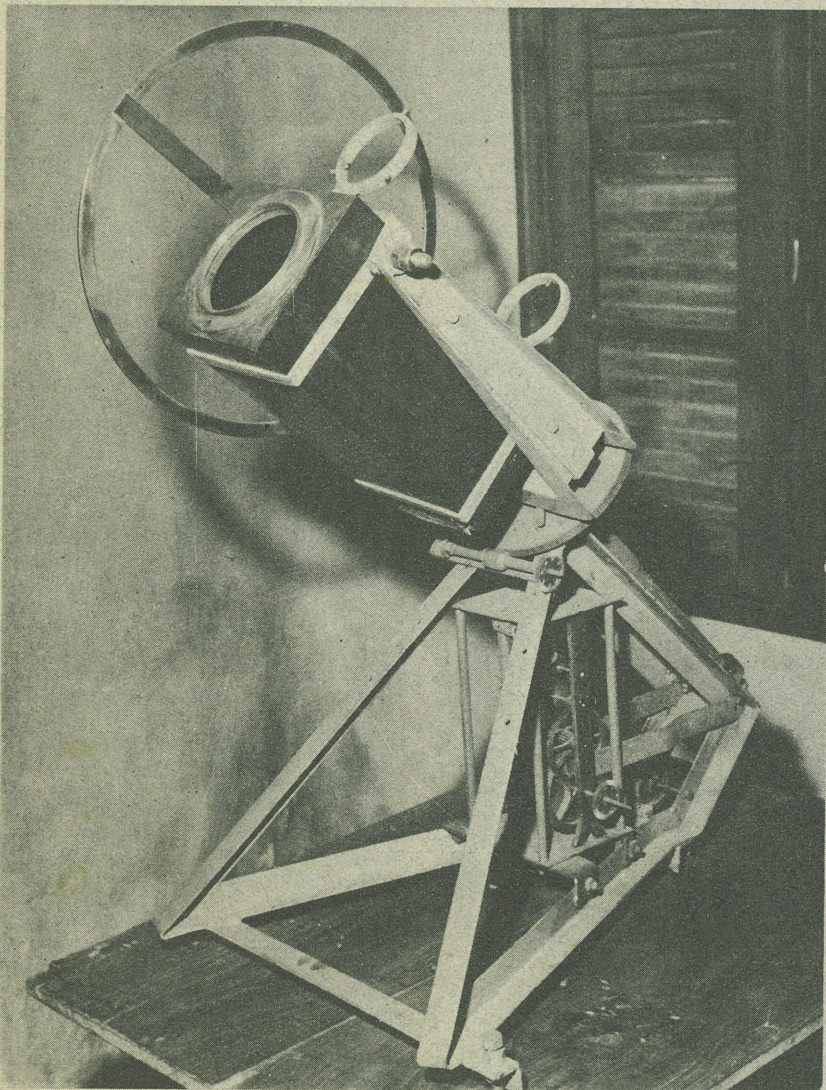
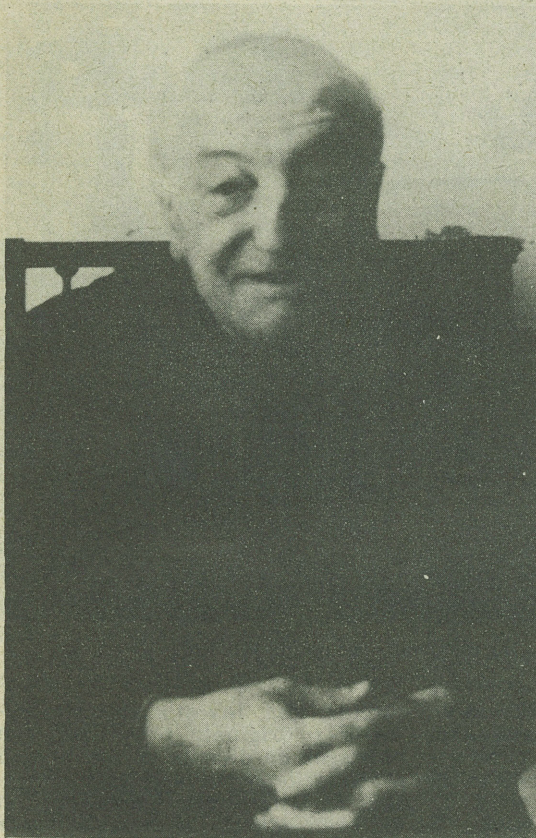
RETRATO DE UN SABIO:

DON RAMON
MARIA ALLER

CATEDRÁTICO EXTRAORDINARIO DE ASTRONOMÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO, GRAN CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO, MEDALLA DE HONOR DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS. Y SOBRE TODO UN *HOMBRE*, EN TODA LA DIFÍCIL Y SOLEMNE AMPLITUD DE LA PALABRA.



Monumento a D. Ramón Aller en Lalin, por Asorey



El primer aparato de que se dispuso en Santiago; con él vio Aller las lejanas estrellas.—(Foto Gabriel).

HACE cosa de una docena de años, por haberme atrevido a realizar un deseo que me ilusionaba desde la adolescencia, me vi envuelto, de pronto, en una auténtica aventura llamada a influir poderosamente en mi vida. Todo comenzó el día en que resolví abordar a D. Ramón Aller rogándole que me permitiera asomar mi curiosidad al ocular de su telescopio.

Yo había sentido siempre gran afición por la Astronomía, fomentada con la lectura de cuantas obras de divulgación caían en mis manos; pero me hubiera contentado con informaciones estériles, sin pasar a la práctica, de no ser por una visita que hice cierta vez al Observatorio de Santiago. Conocía ya entonces a D. Ramón; primero, por la fama; después, por trato personal directo; y su proverbial bondad me dio ánimos para importunarle. Cuando llegué, se encontraba en la cúpula, en pleno trabajo. Hacía—como tantas veces—con aquella meticulosidad y rigor que tanto peso habían dado a sus estimaciones, infatigables medidas de estrellas dobles visuales. Al verlo extemporáneamente que llegaba, quise retirarme y volver en otra ocasión. No sólo no me lo consintió, sino que al terminar la evaluación que tenía entre manos, interrumpió su trabajo y, satisfaciendo mi curiosidad, me dejó ver todo cuanto quise y me dio todo género de detalles. Ya no recuerdo ahora por cuánto tiempo distraje su atención. Lo que sí sé es que, al despedirme, tuvo la amabilidad de incitarme a volver por el Observatorio a realizar algunas observaciones y trabajos que fueran de mi agrado. Poco después comenzaba, en efecto, a hacerlo así, ya que, entretanto, el curso de mis estudios jurídicos me impulsaba a tomar creciente contacto con la Ciencia. Dos hechos reforzaron mi decisión: La lectura de algunas obras matemáticas de Russell y Whitehead y el contacto personal con ese gran investigador y extraordinario hombre de Ciencia que es D. Tomás Batuecas, especialista auténtico y, a pesar de ello, con una cultura enciclopédica. Hablando con él de no sé qué problemas filosóficos, llamó mi atención sobre la necesidad en que se veía en nuestro tiempo todo filósofo de adquirir experiencia científica directa. Para incitarme, pasando de la acción a la palabra, puso en mis manos una obra de Borel de introducción a las nuevas teorías físicas. Aquel libro fue para mí una revelación. Decidí, así, beneficiarme de su consejo e iniciarme en el trabajo científico en la materia que me atraía más. Fue entonces cuando de una manera regular comencé a frecuentar el Observatorio. D. Ramón me alentaba. Más aún: su abnegación llegó hasta el extremo de explicar durante todo un curso Astronomía para mí solo. La clase era singular, pues el tema del día lo fijaba yo mismo y él se limitaba a contestar, como a un examen inacabable, a las preguntas y dificultades que yo le proponía a boca-jarro. Cualquiera que haya tenido experiencia docente, comprenderá, por este solo dato, hasta qué punto y en qué grado domina don